

por sospechosos y de mal agüero, tanto que decían que todos los que nacían en ellos tenían malos sucesos y eran desgraciados en todas sus obras, eran pobres y míseros; y si era hombre el que en algun día de estos nacía, llamábanle Nemoquchtli, hombre desaprovechado y desgraciado; y si mujer, Nenciduatli, mujer baldía. Por esta razón no osaban hacer nada, ni emprender cosa alguna estos días, por tenerlos por mal afortunados; y en especial se abstentían de reñir, por tener por cierto que los que estos días reñían, se quedaban por aquel año con aquella mala costumbre. Éste es un abuso de que usan mucho nuestros rústicos españoles (y aun los muy avisados lo tienen y platican por gracia), decir en este primer día de enero no ser lícito reñir, ni hacer otras cosas semejantes, porque es entrar con mal pie en el año; y aun huele a ceremonia supersticiosa y gentílica antigua. Porque sabemos de los romanos que tenían en tanta estimación el primer día de enero, que lo tenían por muy festivo y no consentían que en él se trabajase, ni hiciese nada. Y ésta es la razón (para los que no lo saben) porque habiendo en el martirologio de nuestro calendario tantos santos y mártires para cada día del año, no hay ninguno para éste, porque los paganos nunca ejercitaron en él ningún acto de justicia, por la causa y razón dicha. Y con lo dicho queda concluido el calendario indiano, que contiene las fiestas que se llaman estables y fijas. Y aunque tenían otras que no guardaban este orden de fijeza, que se pueden llamar movibles, no las trato aquí, porque tienen lugar particular y libro propio.

CAPÍTULO XXXI. *De otras fiestas que celebraban los tlaxcaltecas en su provincia de Tlaxcalla, Huexotzinco y Cholulla, que es capítulo muy de notar*



IN ESTAS FIESTAS DICHAS en el calendario mexicano había otras muchas en diversas tierras, provincias y pueblos, en especial en Tlaxcalla, Huexotzinco y Cholulla, que eran señoríos de por sí (aunque después confederados o sujetos de mexicanos). Éstos adoraban un mismo dios, aunque lo nombraban con diferentes nombres. Los tlaxcaltecas y huexotzincas le llamaban Camaxtle; y los de Cholulla, Quetzalcohuatl; y entre otras muchas con que le celebraban en esta gran provincia a este falso dios Camaxtle, era una muy notable en crueldad de homicidios y sangre que se derramaba y ceremonias muy particulares y peregrinas. Esta fiesta se hacía en el principio de marzo; y aunque se le hacía fiesta cada año, era la mayor de cuatro en cuatro años, que era su grande Pascua. Este día de su celebración se llamaba teoxihuitl, que quiere decir año de dios. Llegado, pues, el año de esta gran fiesta, juntábanse en el templo todos los ministros que habían de hacer penitencia y levantábase, en medio de ellos, el más viejo de los tlamacazques (que en estas provincias dichas llamaban achcauhitli) y predicábales y exhortábales a la penitencia y ayuno; y entre

otras cosas les decía: hijos míos, ya es llegado el ayuno de nuestro dios y señor, esforzaos a servirle y a hacer penitencia; y el que se hallare flaco y sin espíritu para este heroico ejercicio, sálgase de esta compañía dentro de cinco días, que tendrá determinado para deliberar y determinarse en lo que quisiere hacer; y si de estos cinco días pasare adelante y llegare a los diez y desmayare y acobardare en la penitencia comenzada, este tal será tenido por indigno de la casa de dios y de la compañía de sus cultores y servidores y juntamente será privado de su hacienda y de todo cuanto en su casa tiene.

Pasado el quinto día, después de haber comenzado su rigurosa penitencia y ayuno, volvía este mismo achcauhtli a juntarlos y decía en alta voz: ¿Están aquí todos los de esta congregación? Y respondían que sí (aunque alguna vez sucedía que alguno de ellos, temiendo el rigor con que se comenzaba se ausentaba y no parecía más en el templo), con esto quedaba confirmada la asistencia de estos penitentes. Luego iban todos juntos a una gran sierra, que está su cumbre de la ciudad cuatro leguas, de gran subida de cuesta; y a la mitad del camino de esta subida se quedaban todos orando; y el principal achcauhtli subía a lo alto de ella, donde estaba un templo de la diosa Matlalcueye¹ (como en otra parte decimos), y ofrecía allí chalchihuites, que son piedras de género de esmeraldas, y plumas verdes grandes que llaman quetzalli y mucho papel e incienso de la tierra, rogando, con aquella ofrenda, a Camaxtle y a Matlacueye, les diese esfuerzo para proseguir aquel ayuno comenzado y acabarlo con salud y fuerzas para hacer penitencia.

Hecho esto y vueltos a la ciudad, luego venían otros servidores o ministros menores de los templos del demonio, que estaban repartidos por la provincia, en otros templos, y traían muchas cargas de palos, como el brazo y tan gruesos como la muñeca, y poníanlos en el principal templo de Camaxtle y venían muchos carpinteros (que habían ayunado y rezado cinco días) y labraban aquellos palos; y acabados de labrar y adelgazar de la manera y forma que convenía, dábanles de comer fuera de los patios (a diferencia de los ministros que los habían traído, que les administraban comida dentro de ellos). Luego venían los maestros que sacan las navajas de pedernal (después de haber también ayunado) y sacaban muchas navajas con que se habían de abrir las lenguas y poníanlas sobre una manta limpia; y si alguna de ellas se quebraba al sacar, que salen muy delgadas (como en otra parte decimos), echaban la culpa, los de los templos, a estos maestros y artifices y decíanles que no habían ayunado bien, ni su oración había sido eficaz para el buen suceso de su ministerio; y las de provecho perfumábanlas con incienso. Y puesto el sol de aquel día, los achcauhtin, que son los mayores y más viejos, cantaban cantares al demonio y tañían sus instrumentos de atabal y teponaztli. Luego callaban los atabales y cantaban otro cantar lúgubre y lloraban. Al cabo de este cantar, estaban todos los achcauhtin aparejados para el sacrificio y los demás mancebos con ellos;

¹ Supra tomo I. lib. 2. cap. 16.

y uno de los maestros, que era muy diestro, les rompía las lenguas de parte a parte, haciéndoles en ellas un grande agujero; y luego aquel principal achcauhtin sacaba por el agujero de su lengua aquel día más de cuatrocientos o quinientos palos de aquellos que unos carpinteros habían labrado; los otros viejos hacían lo mismo; y de los mancebos, los de más fuerte ánimo, los imitaban; pero como el dolor era tan grande y de tanto tiempo, muchos no podían llegar a este tan excesivo número, porque aunque los primeros eran algo delgados, los segundos eran más gruesos y los terceros más, hasta llegar a ser más gruesos que el dedo pulgar de la mano y algunos dos veces más. Esto se hacía esta noche primera que comenzaba su grande ayuno, después de la preparación ya dicha, que era de la gran fiesta o Pascua, que duraba tiempo de ciento y sesenta días, que es tiempo de cuatro meses y diez días; pero de los suyos ocho, que la llamaban teoxihuitl. Acabado este horrendo y espantoso sacrificio cantaba aquel viejo, que era el capitán y caudillo de esta bestialidad, que apenas podía hablar; pero esforzándose mucho a cantar, por no desmayar a los compañeros, para que con ánimo varonil continuasen todos lo comenzado. Tras esto ayunaban ochenta días y de veinte en veinte volvían a renovar este sacrificio y derramamiento de sangre. En fin de estos ochenta días, tomaban un ramo pequeño y poníanlo en el patio del templo en señal que los ochenta días que restaban eran de ayuno general para todos los del pueblo, para la digna celebración de la maldita Pascua de su falso dios Camaxtli. Entonces llevaban todos los palos ensangrentados que habían sacado por las lenguas y ofrecíanlos al ídolo y hincaban diez o doce varas grandes en el suelo, de más de a seis brazos de largo, y de ellos colgaban estos palillos ensangrentados, que eran muchos. Y los ochenta días que quedaban, ayunaban todos, así señores y principales como masehuales y plebeyos. En este ayuno no comían axí o chile, que es uno de los principales mantenimientos de estas gentes, ni se bañaban, cosa muy común entre ellos. En este tiempo de el ayuno general proseguían aquellos desventurados ministros con su penitencia comenzada y pasaban por la lengua mucha cantidad de palos, aunque éstos no eran tan gruesos como los primeros, ni tan grandes, ni de tanto dolor como el pasado. Y mientras hacían este sacrificio cantaban los más viejos y principales, loores al demonio. Y estos días iba el achcauhtli a la sierra dicha de Matlalcueye y ofrecía al demonio muchos papeles, copalli y codornices, y no le acompañaban más de cuatro ministros de sus compañeros, y todos los otros (que eran más de doscientos) quedaban en los carpules o salas, continuando la falsa adoración de el demonio. Esta ofrenda que este achcauhtli hacía, era de noche, porque no fuese visto de nadie cuando subía al monte; y no descansaban en el camino, sino que en haciendo el sacrificio y oración, se volvían luego a su recogimiento. En este templo de el ayuno salía también este principal achcauhtli a los principales lugares y pueblos de esta provincia a exhortar la preparación de la gran Pascua, y por señal llevaba un ramo verde en la mano (aunque no me parece que era el de oliva, con que volvió la paloma al Arca de Noé,² como nos dice la sagrada

² Genes 8, 9.

historia, porque aquél fue en señal de paz y de que las aguas del Diluvio cesaban; y aquí era en señal de la guerra continua que el demonio hacía a estas gentes, en tantas cegueras como los traía envueltos), iba a las casas de los señores y principales y ofrecíanle mucha comida y mantas; y dejando la comida, por no quebrantar el ayuno, se traía las mantas para ofrecerlas al ídolo Camaxtle.

Antes de la fiesta, cuatro o cinco días, aderezaban todos los templos y salas de los dioses y encalaban lo desollado y descostrado de éstos; y tres días antes pintábanse los achcauhtin, unos de negro, otros de azul y otros de blanco y cada cual como mejor le parecía; y luego a las espaldas de la casa o templo principal de el demonio bailaban el día entero. Luego vestían la estatua de su dios Camaxtle, que era de tres estados de alto y junto de sí tenía otro ídolo pequeño, que decían haberle traído los primeros pobladores de esta república. Este ídolo ponían siempre a la grande estatua de Camaxtle; y teníanle tanta reverencia y temor, que no le osaban mirar, ni alzar los ojos en su presencia, aunque diversas veces sacrificaban delante de él mucho número de codornices. Vestían este ídolo con las vestiduras del dios Quetzalcohuatl, en esta ocasión, que era el dios de los chololtecas, porque decían estos idólatras que era hijo de Camaxtle; y estas vestiduras traían los mismos chololtecas para esta fiesta, por no estar la una ciudad de la otra más de cuatro leguas; y esto mismo hacían los de Tlaxcalla, cuando festejaban esotros, a su falso dios; eran muchas y se las vestían con grandes ceremonias y cubríanle la mala cara con otra peor y más fea máscara.

En la vigilia comenzaban la ofrenda de la manera siguiente: lo primero, le ponían en el brazo izquierdo una rodela de oro y pluma rica, y en la derecha una muy bien labrada saeta y muy grande, cuyo casquillo era de pedernal, a la manera y grandor de un hierro de lanza. También le ofrecían mucha ropa de mantas y xicoles, que es una vestidura a manera de capa, y un tecucxicolli, que es como un capuz o loba grande de las que usan los que traen luto; era abierta por delante y tenía un ribete muy galanamente labrado de algodón y pelo de conejo hilado y teñido como seda. Luego le ofrecían muchos conejos, codornices, culebras, lagartos y mariposas; muchas flores y rosas y otras infinitas cosas; y esta caza que traían se la ofrecían viva y allí en su presencia la mataban. Luego a la media noche venía un ministro de los que allí servían, vestido con las insignias de el demonio y sacábales lumbre nueva; y esto hecho, sacrificaban uno de los más principales de los cautivos que tenían para el sacrificio de esta fiesta. A esto seguía el sacrificio de los habidos en guerra, a honra de Camaxtle y, juntamente con él, nombraban otros dioses a los cuales hacían sus particulares sacrificios; y de esta manera sacrificaban este día en la cabecera de Ocotelulco, que es la que ahora se llama de Maxixcatzin, más de quinientos; y en la de Tepeticpac, que es media legua más arriba, que se nombra de Tlehuexolotzin, pocos más o menos de ciento; y en otras partes otros, de manera que venían a ser más de mil hombres los sacrificados, cuyas ánimas se llevaba el demonio aquel día al infierno, por la infidelidad en que morían; y con esto remataba esta fiesta infernal y mala.

En este mismo día o Pascua, llamado teoxihuitl, que quiere decir año de dios, morían sacrificados otros muchos en las provincias de Huexotzinco, Cholullan, Tepeyacac, Zacatlan y Zacotlan, en mayor o menor número, según eran más o menos las gentes de las provincias, y todos morían a contemplación de este mal dios Camaxtle, porque todas estas gentes y naciones dichas lo adoraban y casi con las mismas ceremonias que en Tlaxcallan, aunque en ninguna sacrificaban tantos hombres como en ésta. Lo uno, por ser mayor que esotras; y lo otro, por ser grandemente valientes estos dichos tlaxcaltecas, de cuyos capitanes y mucha otra gente valerosa de sus ejércitos se dice que habían prendido por sus propias personas, en veces, más de sesenta y setenta y ochenta prisioneros y cautivos, y muchos pasaban a más de ciento. Pasado, pues, aquel tan cruel y nefando día y no harta aquella insaciable bestia, enemiga del humanal linaje, luego el día siguiente tornaban a hacer conmemoración del mismo demonio y le sacrificaban otros catorce o quince cautivos, que como aún duraba la fiesta no le parecía al demonio que lo era, si no le ofrecían vidas de hombres y sangre humana.

Asimismo tenían otras muchas fiestas en el año, como los mexicanos, en especial en el fin de los meses que eran de veinte días, donde hacían muchas cosas supersticiosas y sacrificios de hombres muy ordinarios, y mataban por año más niños y niñas que en otra cualquier parte, y a estas inocentes criaturas sacrificaban a los dioses de el agua, como los mexicanos, que eran Tlaloc, Matlalcuye y Xuchiquetzal. También quemaban algunos en otras fiestas; y en otra fiesta levantaban un cautivo en una cruz atado, y allí le asaeteaban, y la cruz era un madero muy levantado y alto; y otro día de fiesta ataban a otro a otra más baja, y con unos palos de encina de una braza lo apaleaban y moría en este tormento. Estas mismas ceremonias y ritos guardaban en todas esotras provincias dichas. Otro día del principio de los meses desollaban dos mujeres; después de sacrificadas vestíanse las pieles de ellas dos mancebos de aquellos achcauhtin ya dichos, de los más ligeros y corredores, y así vestidos, andaban por el patio y pueblo tras los señores y principales que en esta fiesta vestían las mejores ropas y mantas que tenían; y si alcanzaban alguno le quitaban la capa, y se la llevaban: por esto vivían estos señores con cuidado de no encontrarse con ellos, y con esto fenecía esta fiesta.

